

TINTA FRESCA

Las losas de la vida

Ángeles Caballero levanta en «Los parques de atracciones también cierran» una noria de emociones

Tino Pertierra

«Allá por mayo o junio como muy tarde la casa entra en una nueva fase de criogenización gracias al aire acondicionado, tu invento favorito de todos los tiempos. Fue tu regalo de boda cuando me casé. Viniste al que iba a ser mi nuevo hogar y me dijiste: 'En este último piso os vais a asar. Os regalo el aire'». (Página 18).

Podría Ángeles Caballero ponerse «pomposa y profunda y explicar las mil y una motivaciones que me han llevado a escribir 'Los parques de atracciones también cierran', las referencias culturales que me han traído hasta aquí, los espejos en los que me he mirado, pero estaría mintiendo. Nace del amor a mi familia y a todos aquellos que me han acompañado durante un tiempo muy concreto de mi vida, esos más de cinco años en los que cambiaron los roles y la pequeña de la casa se convirtió en la cabeza de familia, y pasé de ser hija a madre de mis padres».

Y nace también «del narcisismo, de la necesidad de contar y de que alguien pueda sentirse identificado con esa época por la que han pasado y pasarán muchos. De esa vanidad que procuro tener contenida pero que calienta el ánimo cuando alguien te dice: 'Has puesto palabras a todo lo que yo también he sentido'. De la urgencia de la catarsis, de soltar lastre y sentimiento de culpa cuando la enfermedad y la vejez llegan al hogar en el que una se ha criado y las analíticas y las salas de espera lo fagocitan todo. De decir: 'Hicimos lo que pudimos, y no estuvo mal del todo'. Y dar las gracias y decir que vendrán otros y lo harán mejor, pero también infinitamente peor».

Ha escrito las páginas de su libro «muchas veces en mi cabeza, pero sólo ahora he sido capaz de teclearlas de verdad. Cuando ha pasado tiempo, cuando el duelo brota solo de vez en cuando, cuando hay muchas más luces que sombras. Cuando he llorado más de risa que de pena y cuando he tenido la seguridad de que haciéndolo no le dolería a nadie. Porque en cada familia hay cientos de cosas por contar, pero una sabe qué guardarse dentro. 'Qué necesidad, Mari', diría mi madre, por lo que no he querido compartir con los lectores. Bastante me he desnudado ya en este parque de atracciones».

Ha procurado «ser honesta conmigo misma, no hacerme trampas. Plasmar en cada párrafo el mismo estilo en el que estaría contando esta historia en la barra de cualquier bar con alguien que me diera cuartelillo. Es un lenguaje coloquial, ligero, sin solemnidad, que son adjetivos que yo aplico a mi forma de afrontar la vida. Con poca épica pero con mucho sentido del humor, ese arma infalible para esquivar las lágrimas y también para tapar carencias».

Ha sido un regalo cuidar a sus padres, «como lo es poder haber tenido tiempo para escribir este libro». Y ahora, un deseo: «Espero que les guste». Pasen y lean.



Los parques de atracciones también cierran

Ángeles Caballero

Arpa, 256 páginas, 19,90 euros



Un falso «crimen real»

Graeme Macrae Burnet vuelve a explorar la porosa frontera entre ficción y realidad en «El accidente en la A35»

M. S. Suárez Lafuente

Graeme Macrae Burnet, escocés nacido en 1967, publicó su primera novela, «La desaparición de Adèle Bedeau», en 2013; la escribió mientras trabajaba de profesor de inglés en distintos países, ejercía ocasionalmente de periodista y escribía relatos breves. Que su segunda novela, «Un plan sangriento», fuera finalista del prestigioso premio Man Booker inglés en 2016, permitió a Macrae Burnet convertirse en un escritor a tiempo completo y empezar a sentir la angustia del autor famoso por una novela de éxito. Su producción continuó con «El accidente en la A35», en 2017, y «Caso clínico», en 2021. Las cuatro novelas han sido traducidas por Alicia Frieyro y publicadas por la editorial Impedimenta.

Todas ellas pueden adscribirse al género policíaco: hay un cadáver, dudas sobre su muerte, varios sospechosos y un inspector (Georges Gorski) que investiga el caso entre sus proble-

mas personales y sus excesos con el alcohol. Pero hay también singularidades en la obra de Macrae Burnet, como son los detallados estudios psicológicos de algunos personajes, sospechosos o no, la descripción minuciosa del entorno, tanto del interior de las casas como del espacio exterior en el que se mueven, el moroso discurrir del tiempo y, sobre todo, la forma en que el autor nos presenta la novela.

«El accidente en la A35» tiene un prólogo firmado por GMB en el que se da cuenta de la llegada a la editorial de un manuscrito de Raymond Brunet, muerto dos décadas antes; un manuscrito que había sufrido varias peripecias en esos años. En el epílogo, también firmado por GMB, se glosa la figura de su autor, el francés Brunet, y se da cuenta de la publicación en la prensa del accidente que da título a la novela. Sin embargo, los cuarenta años transcurridos entre el accidente y la recepción del manuscrito hacen imposible la verificación de las correrías del joven protagonista por Mulhouse y Saint-Louis. El propio «editor» concluye que tampoco importa que los sucesos narrados sean ciertos, sino que la novela sea buena. A tal fin, cita a Brunet, que cita esta frase de Jean-Paul Sartre, extraída de «Las palabras»: «Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero ni falso».

Macrae Burnet comenta en las entrevistas que su deseo es que quien lea sea parte activa del desarrollo de la novela y que no crea en una única verdad, sea cual sea el tema que tenga entre manos. De ahí que las pistas «falsas» que introduce en su obra han de ser leídas como aperturas a otras tantas posibilidades. Que algunos datos puedan ser corroborados por noticias en la prensa han dado lugar al subgénero policíaco de «crímenes reales», pero al interpretarlos en la ficción pierden ya su pretensión de objetividad. Aún así, observa que, a pesar de que figure ostentosamente el término «novela» en algunas portadas, es curioso que se mantengan los adjetivos «real» o «histórico» en muchas reseñas.

«Un plan sangriento» está escrito por varias manos: por el asesino confeso, para manifestarse loco por indicación de su abogado defensor; por un antropólogo criminalista que estudia el caso; por la prensa, la sensacionalista y la más objetiva, y por los que vivieron los crímenes de cerca. A lo que hay que añadir el sumario del juicio. Si la verdad es un compendio de todos estos testimonios, interesados o no, ¿se puede hablar de Verdad?

Graeme Macrae Burnet se confiesa entusiasta de Georges Simenon y del George Orwell de «Sin blanca en París y Londres» (1933) y, por razón de su técnica, su escritura ha sido comparada a la del escocés James Hogg (1770-1835) y a la del inglés B. S. Johnson (1933-1973).



El accidente en la A35

Graeme Macrae Burnet

Traducción de Alicia Frieyro

Impedimenta, 312 páginas, 23,95 euros